

EDUCAR PARA LA PAZ EN IRLANDA DEL NORTE

Rosa Carbonell de la Puente



SUMARIO:

La autora comparte la experiencia de haber participado en un seminario sobre Educación para la Paz, en Belfast en abril de 1998.

El programa del seminario reunió conjuntamente a profesores y alumnos interesados en el objetivo de construir la paz en una Europa multicultural. Se realizaron distintas actividades sociales, culturales, así como conferencias y talleres destinadas a acercar a los participantes a la realidad de Irlanda del Norte. Además de información, se tienen en cuenta elementos que ayudan a la reflexión.

SUMMARY:

The author shares her experience of being involved in an Intensive Programme on Education for Peace held at Saint Mary's College, Belfast, in April 1998.

The Intensive Programme united staff and students interested in building up peace in a multicultural Europe. Different activities took place (cultural, social, lectures and workshops) aiming at approaching people to the reality of Northern Ireland. Not only information was offered: the reflexive approach is also taken into consideration.

Durante los primeros días de abril de este año tuve la suerte de participar en Belfast (Irlanda del Norte) en un encuentro europeo sobre *Educación para la Paz*, organizado por algunos de los profesores del St. Mary's College de esa ciudad, y cuyo objetivo era acercar el tema, desde distintos enfoques, a profesores y alumnos de Escuelas de Magisterio de Europa. El encuentro, concebido y realizado bajo la forma de un Intensive Programme, estaba auspiciado por el Programa Sócrates de la Unión Europea, y en él participaron también algunos estudiantes del Programa Erasmus, que llevaban ya unos meses residiendo en Belfast.

En estas páginas pretendo simplemente hacer partícipe de esta experiencia a la Comunidad Educativa de la Escuela de Magisterio Cardenal Spínola, en cuyo nombre asistí al encuentro, y comunicar, por si pueden servirle a alguien, mis propias reflexiones a raíz del mismo.

En el Intensive Programme (IP) estuvimos implicados un total de 26 profesores y 48 alumnos de 18 instituciones. Los países representados eran Holanda, Suecia, Bélgica, Dinamarca, Alemania, Francia, Irlanda, Irlanda del Norte, y España (un profesor y dos estudiantes de Blanquerna, dos estudiantes de la Universidad de Valencia, otros dos de la EUCS, Eva Matas y Diego Pacheco, del grupo Erasmus, y quien esto escribe).

El IP se planteó como un conjunto de actividades de índole históricas y cultural, teóricas y prácticas. Los espacios (el College y la ciudad) no fueron elegidos al azar. St. Mary's está situado en el 191 de Falls Road, frente al Royal Victoria Hospital, en el corazón de la zona católica más conflictiva de Belfast, y muy cerca de Shankill Road, la zona protestante igualmente conflictiva. A menos de un kilómetro en dirección norte está la sede del Sinn Féin, y el convento y la iglesia de los redentoristas, donde se iniciaron hace más de veinte meses y en la clandestinidad los encuentros entre Gerry Adams y John Hume que han culminado en el actual acuerdo de paz. A muy poca distancia está también la famosa Peace Line, así como algunos de los murales más llamativos y artísticos que expresan agudamente la problemática del conflicto en Irlanda del Norte.

Pasear por esta zona, cosa que hicimos en grupos el primer día, impacta. No sé qué más, si las calles vacías, a excepción de Springfield Road, en la hora de más movimiento, las 4 de la tarde, o la tristeza en los rostros de la gente, o las ventanas deliberadamente empequeñecidas y enrejadas, para evitar la entrada de los cócteles Molotov, o el muro levantado entre los vecinos del mismo barrio para impedir que se maten unos a otros, llamado incomprensiblemente Peace Line, o la sordidez y degradación del ambiente, o el ver, en otra tarde que volvimos unos cuantos a pasear por el mismo sitio más relajadamente, chavalines de cuatro o cinco años jugando a matarse con pistolas de plástico. Impresiona también contemplar los murales pintados en las paredes de muchas casas, auténticas obras de arte, y escuchar su grito mudo de dolor y de rabia, mientras pasan a tu lado dos tanquetas de la policía británica escoltando a una tercera de la que sobresalen dos soldados apuntando con las metralletas, chicos jóvenes con el miedo pintado en los ojos. Sorprende caer en la cuenta de que hay calles cortadas por puestos de la policía, auténticos bunkers protegidos con alambradas y vigilados por innumerables cámaras de televisión, y enterarte de que los estudiantes extranjeros se alojan en un edificio del Hospital Victoria, porque es zona neutral. Y podría seguir. Vivir unos días en este barrio de Belfast es tocar con las manos el conflicto.

Un conflicto que se recrudeció en los últimos treinta años, con el inicio, en 1968, de un movimiento reivindicativo, por parte de los católicos, de los mismos derechos civiles que tenían los protestantes. Un conflicto, sin embargo, de hondas raíces históricas de dominio de Inglaterra sobre Irlanda, que estalló en la Pascua de 1916, con la proclamación de la República de Irlanda, y la subsiguiente guerra de la Independencia, finalizada en 1923 con el Tratado de Partición por el que Inglaterra se quedaba seis de las nueve provincias del Ulster, que es el nombre irlandés para designar El Norte. ¿Por qué seis y no las nueve? Simplemente, para asegurar en ellas la mayoría protestante, favorable a la unión con Inglaterra, en vistas a posibles elecciones a los distintos posibles organismos de uno u otro tipo. Aparentemente, un conflicto religioso. Pero en realidad, un conflicto político (pertenencia a Irlanda o a Inglaterra), lastrado de intereses económicos y sociales (desigualdad de derechos y diferente nivel económico). Un conflicto

que ha dividido a una población entre nacionalistas y unionistas, republicanos y lealistas, pro-irlandeses (celtas) y pro-británicos (sajones), católicos y protestantes, sin que la línea divisoria sea tan nítida en la vida como puede parecerlo en el papel. Hasta el nombre para referirse a lo que aquí llamamos Irlanda del Norte varía de unos a otros: los unionistas lo llaman con ese nombre, para marcar su diferencia con Irlanda del Sur (la actual República de Irlanda), y los nacionalistas lo llaman El Norte, señalando así la parte geográfica de una misma isla. En una parte y en otra, grupos paramilitares violentos, como el IRA, de un lado, y los distintos grupos paramilitares protestantes del otro, y un saldo de más de tres mil muertos en los últimos treinta años. Cuando el paro en una población es del ochenta por ciento, la gente se apunta a cualquier cosa, porque no tiene nada que perder...

Cuando se vive ahí y se piensa (además de experimentarlo a diario) que la violencia no resuelve nada, se estimula la creatividad. Y uno de los resultados ha sido la creación del Foro para la Educación en la Comprensión Mutua y en la Herencia Cultural (EMU/CH: Education for Mutual Understanding & Cultural Heritage), que promueve encuentros entre los niños de las escuelas católicas y de las distintas confesiones protestantes. Además del abundante e interesante material pedagógico producido, el EMU/CH organiza actividades que unen a los niños de las distintas comunidades en un pasado cultural común, a través de canciones, bailes, cuentos y leyendas, que los mismos niños piden a sus abuelos que les canten y que les cuenten. Y así pueden unirse, católicos y protestantes, en celebraciones folklóricas, en fiestas, en las que todos cantan y bailan lo mismo, y en las que los protagonistas de la unión son los niños. Durante una de las ponencias del IP tuvimos ocasión de ver un vídeo grabado en una de estas fiestas.

Otro bloque de ponencias estuvo dedicado a la literatura, como expresión del ambiente social, del anhelo de paz, del conflicto en las familias con miembros católicos y protestantes. Nos asomamos desde esta perspectiva a autores irlandeses, tales como Seamus Deane, Brian Friel, Louis MacNeice, John Hewitt, John Montague, y George Eliot. De ésta (porque George Eliot era el seudónimo de una mujer llamada Mary Ann Evans) leímos algunas cartas, y nos acercamos un poco a su vida para poder entender cómo el conflicto religioso que ella misma

experimentó se manifiesta en su obra literaria. En una palabra: mientras fue protestante fundamentalista convencida, no tuvo problemas en escribir ensayo y filosofía. Cuando su fe entra en crisis, empieza a escribir ficción. Al hacerlo así no tiene que estar de acuerdo con lo que dicen sus personajes, ni tampoco rebatirlo. A esto le llama ella *the truth of feeling*: cuando escribe ficción puede escribir de un modo inclusivo y tolerante, algo que no le es posible cuando escribe ensayo... La misma intuición refleja Milan Kundera en *El arte de la novela*. Esta es también un modo de mirar al mundo contemporáneo, y no sólo una forma de entretenimiento, porque es una manera de conocer.

Especialmente significativos fueron para muchos de nosotros los tiempos que dedicamos al taller de Drama, más o menos equivalente a nuestra Expresión Corporal. Tuvimos ocasión de representar en dos grupos una escena de conflicto y otra de reconciliación, dejándonos esculpir cada uno por un miembro del otro grupo... y practicar algún que otro ejercicio para crear confianza entre dos personas. En la ceremonia de clausura del IP, los estudiantes tuvieron ocasión de representar mediante mimo algo de lo aprendido y sobre todo de lo vivido durante nuestra estancia en Belfast.

En la misma línea situaría otras ponencias: por ejemplo, la de Norman Richardson, perteneciente a Stranmillis College (el College protestante de Belfast), muy comprometido él mismo en EMU/CH. En una ponencia muy sugerente, apoyándose en transparencias aparentemente jocosas, insistió en la necesidad de encontrar un modo de hablar de las diferencias: "*Nunca llegaremos a la paz -afirmó- si no aceptamos que podemos no estar de acuerdo. Es importante afirmar la riqueza de la diversidad y ayudar a la gente a vivirla con tolerancia, aceptación y respeto mutuos*". Evidentemente, son cosas sabidas. Pero en aquel ambiente y dichas por quien las dijo, tenían otra fuerza...

Dedicamos una mañana al tema de la ayuda que la tecnología en los mass media puede brindar a la causa de la paz. De hecho, ya están registrados en Internet más de 300.000 items sobre Resolución de Conflictos (actualmente un tema "estrella" en muchísimos ambientes: familiares, económicos, sociales, políticos...). Nosotros mismos, el último día lanzamos nuestra página Web... En esta actividad la intuición nos venía de una cita de Boutros Ghali:

"It is in fact easier and cheaper to prevent war than to end a war once it is started. This preventative capacity is based largely on research and access to information that can help us to anticipate events more effectively".

Asimismo, el profesor de Derechos Humanos de la Universidad de Oslo, en Noruega, A. Eide, habló sobre las políticas empleadas en sociedades con distintos grupos culturales o étnicos: homogenización, mezcla (fusión) y asimilación. La más empleada a lo largo de la historia ha sido la asimilación, valiéndose de instrumentos como la lengua y la educación. Uno de los aspectos de la asimilación es que se suprime a los que no gustan, o a los que no se quieren asimilar. Este fue el caso de los judíos, y es la base de la limpieza étnica actual... En otra ponencia presentó lo que llamó la espiral de la injusticia: la desigualdad desencadena la protesta, ésta la represión, ésta la predisposición (negativa), ésta la discriminación, y ésta la opresión que conduce a su vez a la protesta que vuelve a iniciar el círculo vicioso... Evidentemente, todo esto hace pensar.

El fin de semana incluido en el IP lo pasamos en Glencree, cerca de Dublín. Glencree es un Centro para la Reconciliación, establecido en unas barracas construidas para ser el centro logístico de control, por parte del ejército británico, de las montañas de Wicklow, tras el levantamiento irlandés de 1798. En otro momento sirvieron como reformatorio, y también se emplearon durante la segunda guerra mundial. Muy cerca hay un cementerio de soldados alemanes abatidos por los irlandeses en esta contienda. Fue también un refugio de polacos y alemanes tras la guerra, bajo los auspicios de la Cruz Roja... Esta historia hace de Glencree todo un símbolo. Las barracas antiguas, de piedra, están siendo restauradas, y el alojamiento tiene actualmente lugar en otras de moderna construcción, sin ningún tipo de comodidades. A Glencree va mucha gente, en distintos "programas" de paz y reconciliación, pues los hay para niños, jóvenes, adultos... Allí trabajan voluntarios que se comprometen a este servicio, que hacen la comida, limpian, y se encargan de acoger a los que llegan. Algunos trabajan también en los programas de paz... El paisaje es una maravilla. Y vivir allí dos días también, porque te obliga a vivir en la mayor simplicidad, y

eso hace que se difuminen los personajes y queden las personas... Pudimos pasear por carreteritas que parecen no llevar a ningún sitio, bajo una lluvia menudita e intermitente, oír el ruido de alguna cascada y descubrirla en medio de una sinfonía de verdes... No todo fue bucólico. Los profesores visitantes presentamos allí nuestras comunicaciones, unas más académicas, y otras más creativas. La mía consistió en compartir mi experiencia de haber dado clase de Educación para la Paz.

Dejo para el final el tema de los encuentros formales e informales. Entre los primeros, la visita al City Hall y la recepción con el Lord Mayor de Belfast, Mr. Alban Magennis, que amablemente quiso saludarnos a cada uno, y que se interesó por nuestro IP. Según nos comentaron, es la primera vez que llega a ese puesto "un nacionalista", es decir, alguien partidario de la unión con la República de Irlanda. Pero sin duda lo más significativo en este capítulo fue, en nuestra parada en Dublin camino de Glencree, la recepción con la Presidenta de Irlanda, Mrs. Mary McAleese, nacida en Belfast en una familia católica y educada en las Dominicas junto a St. Mary's, antes de pasar a la Universidad, también en Belfast, donde estudió Derecho. Una mujer joven (nació en 1951), inteligente y muy culta, conocedora de España y de nuestra literatura. Al saludarme, me comentó que la víspera había asistido a una conferencia de Ian Gibson sobre García Lorca, que le encantaba el Romancero Gitano y le emocionaba aquello de "*Verde que te quiero verde*"...

Entre los encuentros informales, una sesión explicativa con diapositivas sobre las pinturas murales de Belfast, y fuera de programa, una noche después de cenar, una reunión con un señor de 71 años que había formado parte de un comando del IRA. Empezó hablando él y luego pudimos entablar una conversación entre todos. Desde los diez años estuvo metido en política, vigilando en la calle mientras su padre se reunía con amigos para conspirar, a los 16 se unió a los grupos jóvenes del IRA, de donde pasó a éste, y desde el que dijo que "*había visto muchos muertos*", y que "*no es agradable matar a nadie*"... Rezumaba odio contra Inglaterra (*bloody british*, decía cada vez que se refería a ellos). En el diálogo una de las estudiantes le preguntó si tenía hijos y nietos y si los había educado en esa actitud... Muchas preguntas y

comentarios fueron en esta línea. Quisimos también preguntarle por el proceso de paz, en el que no parecía tener gran confianza, y por lo que se puede hacer desde Europa para ayudar a una mejora de las relaciones entre los grupos enfrentados desde hace ya tanto tiempo.

Menos tenso y más divertido fue el paseo por los Pubs históricos de Belfast, el más antiguo de 1720, aunque le llevaba la delantera la primera tienda en la que se vendieron legalmente bebidas alcohólicas, actualmente transformada en pub y que data de 1630. Frente al último que visitamos, *The Crown*, está el Hotel Europa, que ha sido atacado con bombas, en los últimos años, ocho veces directamente y muchísimas indirectamente. Al despedirme de la guía turística que nos acompañó en el recorrido, le pregunté si no tenía miedo de volverse sola a su casa de noche, y me contestó que no, pues *"Belfast es una de las ciudades más seguras del mundo"*. *"Según se mire"* -le dije. *"Claro, aquí te pueden poner una bomba, pero nadie te robará el monedero..."*

Cuando escribo estas líneas hace apenas 48 horas que se ha firmado el acuerdo de Paz, del que los medios de comunicación han ofrecido amplia cobertura. Las 12 de la noche del día siguiente al final de nuestro IP, el 9 de abril, era el plazo fijado por las partes para llegar a ese acuerdo, que se prolongó hasta las 6 de la tarde del 10. Pero una cosa es firmar ese acuerdo y otra lograr la paz. Uno de los mayores problemas de Irlanda del Norte es el económico-social. Y ahí sí que tiene que implicarse Europa, invirtiendo para crear trabajo y mejorar así las condiciones de vida de una población que lleva a sus espaldas mucho sufrimiento. Porque los norirlandeses -por lo menos muchos con los que hemos hablado- son conscientes de que no los quiere ni Inglaterra ni Irlanda. Esta, porque bastante tiene con salir adelante ella misma económicamente, y aquella porque está harta de invertir en mantener allí un ejército y una policía, que les cuesta carísimo, para que la gente no se maten unos a otros en una guerra civil, y en reconstruir lo que destruyen las bombas de unos y de otros.

Las otras instituciones que tienen una grave responsabilidad en el logro de la paz son los representantes de las distintas confesiones religiosas. A lo largo de estos treinta años de conflicto ha habido quien en vez de ayudar a la reconciliación se ha dedicado a echar más leña al fuego. La situación, salvo alguna excepción, ha cambiado, y la pregun-

ta que se hacen los obispos, católicos y protestantes juntos, y que hacen a sus respectivas comunidades es qué significa hoy, en Irlanda del Norte, ser cristiano, y cómo caminar hacia el perdón. En este sentido, una de las ponencias más iluminadoras fue la de Donald Harrington, profesor de Mater Dei Institute, Dublin. *"Todo problema de violencia necesita soluciones estructurales, pero también un cambio de actitud en la gente -nos dijo-. No solo que los políticos hagan algo, sino que nuestros corazones cambien, y eso es mucho más lento"*.

Trabajar por la paz, construirla, exige disciplina personal, olvido propio y valor. Esa ha sido sobre todo, la gran lección vivida en Belfast.